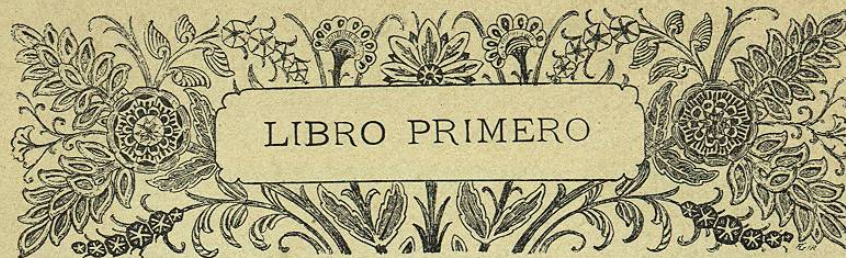


nes que centellean sobre su cabeza, todo le indica que ha sido transportado á un mundo enteramente nuevo para él? ¿Cómo describir esas ciudades maravillosas como encantamientos, á las que ciñen con cinturón de nieve las más gigantescas montañas del mundo, ó esas ciudades muertas, vastas como nuestras grandes capitales europeas, y en que las pagodas monstruosas, los hoy desiertos palacios de granito, apareciendo súbitamente por encima de los bosques, harían creer al viajero que se encuentra delante de ciudades de titanes, heridas por la celeste maldición? ¿Cómo pintar la impresión producida por esos templos misteriosos que se hunden hasta lo infinito en las profundidades de las montañas y en que los millares de estatuas de piedra, surgiendo en las tinieblas á la luz de las antorchas, parecen mudos esclavos del dios de los muertos? Apenas podría el pincel del colorista más brillante reproducir los esplendores de esos palacios de mármol blanco incrustados de piedras preciosas, dominando un recinto de muros de granito, rojos como sangre y sobre que se destaca la masa formidable esplendente bajo un cielo cuyo limpio azul no mancha ni una nube. En ninguna parte la visión del pasado se presenta con tan intensa vida á los ojos del viajero como sobre el suelo de la India. En ninguna parte se adquiere más clara conciencia de las sucesivas edades transpuestas por la humanidad, ni de las diferencias que las separan y las líneas que las aproximan. Sólo allí puede comprenderse hasta qué punto arranca el presente del pasado y prepara el porvenir; cómo nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestras concepciones son herencia de generaciones que podemos ignorar, pero de las que nada alcanzaría á atenuar la potente influencia. Sólo la evocación de las pasadas edades puede hacernos descubrir la génesis de nuestras instituciones y de nuestras creencias, y demostrar la acción de esas potencias formidables que por una serie de lentas evoluciones conducen fatalmente todas las cosas á un misterioso fin.



LIBRO PRIMERO

LOS MEDIOS

CAPITULO I

EL SUELO Y LOS CLIMAS

1.º — FISONOMÍA GENERAL DE LA INDIA

La India forma, desde el punto de vista físico, un mundo aparte en el universo.

Defendida por una gigantesca muralla de montañas poco menos que inaccesibles y por el furor de océanos que batien sus costas inhospitalarias, parece condenada por la naturaleza á un eterno aislamiento. Basta considerar sus límites para presentir que sobre su suelo ha podido desenvolverse y establecerse una civilización casi inmutable y que los elementos extraños que la invadieron han debido perderse en su seno. Se ha conservado la tierra misteriosa y sagrada de que hablan sus antiguos poetas. Aun hoy, después que el cebo de sus incomparables riquezas ha atraído durante siglos, á despecho de todos los obstáculos, veinte conquistadores diversos; después que las facilidades de comunicación debidas á las ciencias modernas parecen haber borrado las barreras y acortado todas las distancias, la India continúa en una enorme extensión de sus fronteras inaccesible. Ni

una vía importante atraviesa el Himalaya, ni un puerto verdaderamente favorable se abre á lo largo de sus riberas. Es el país más cerrado de la tierra. Es en él tan difícil salir como entrar. Ninguna de las antiguas razas que lo poblaron tuvo jamás, por esta razón, la idea de abandonarlo después que en él se hubo establecido.

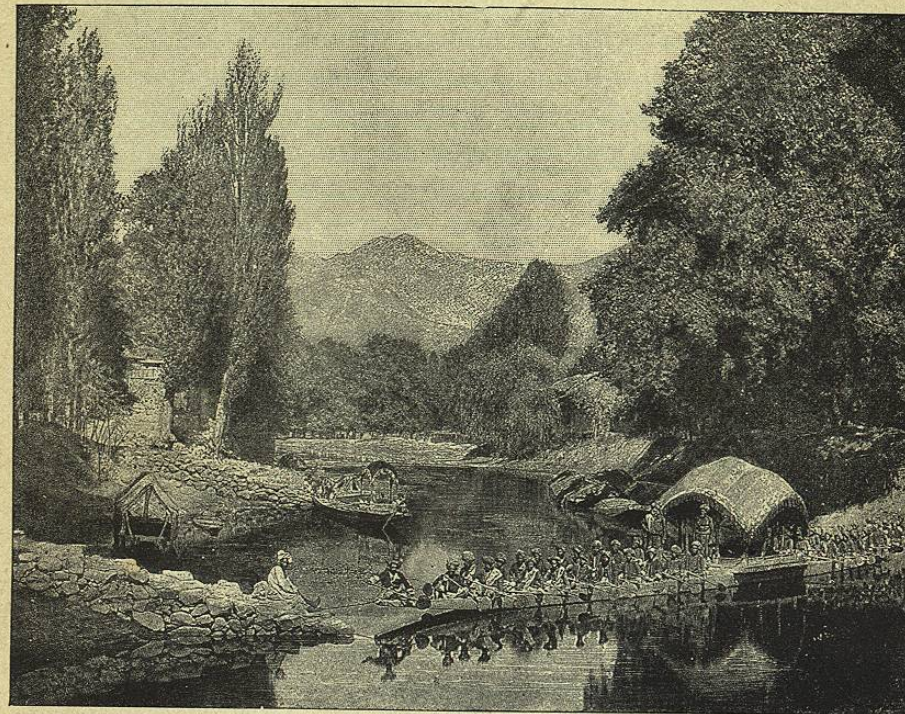
Así, aislada, esta comarca única parece, por la infinita variedad de sus aspectos, un compendio del universo. Se encuentra en ella de nuevo todos los climas, gracias á su extensión y sobre todo á las diferencias de altitud que existen entre sus numerosas regiones. Mientras reinan calores tropicales en las costas bajas de Malabar y de Coromandel y devoran las llanuras del Punjab, una primavera eterna encanta los primeros grupos de montañas; pero un viento helado arrasa las altas mesetas del Norte, y sábanas de nieve, sólo comparables á las de las tierras polares, cubren como un sudario los gigantes macizos del Himalaya. Al principio del mes de junio, en el instante en que torrentes de agua tales como el cielo no los arroja en ninguna otra parte, precipitándose sobre las costas del Sudoeste las inundan y acrecientan sus corrientes que ruedan impetuosas é hinchadas hacia el mar, los campesinos de Orissa ó de la cuenca del Indo, desolados por la sequía, interrogan con angustiosa mirada al azul implacable de su cielo y buscan en la ardiente arena el surco de los grandes ríos agotados.

País de todos los espectáculos grandiosos como de todos los contrastes, ofrece la India no lejos de los tristes desiertos del Thar las llanuras maravillosamente fértiles del Ganges; entre las áridas y desnudas planicies del Dekkán se cruzan valles donde se desborda una vegetación lujuriosa y casi indomable. Más arriba del oasis delicioso de Cachemira, esa joya del universo, se alza el más espantoso erizamiento de picos informes y salvajes que los trastornos geológicos hayan jamás levantado sobre la superficie del globo.

Dos causas bastan á explicar lo que se siente uno desde luego tentado á calificar de conjunto de gigantescos caprichos de

la naturaleza en la India: por una parte el poderoso relieve del suelo, por otra parte la desigual distribución de las aguas.

Estas dos causas han hecho así nacer mil países en uno solo y han reunido, á algunos kilómetros apenas los unos de los otros,



Orillas del Jhelum en Cachemira

los parajes y los climas que generalmente vemos en el mapa del mundo separados por millares de leguas.

Importa, pues, ante todo conocer la India en sus diferencias de altitud sobre el nivel del mar, después en el número, en el valor y en la dirección de sus corrientes de agua. Al estudio de las cuencas de sus ríos se añadirá el de la distribución de las lluvias que la riegan y del fenómeno de los monzones. En esta extraña comarca los torrentes del cielo, no menos importantes por sus efectos que los que se deslizan en la superficie del suelo, tienen también su geografía especial.

La forma general de la India es la de un cuadrilátero, dividido en dos triángulos con poca diferencia iguales y con una base común.

El vértice del triángulo septentrional es el macizo del Nanga Parbat, una de las montañas más majestuosas del Himalaya; el del triángulo meridional es el cabo Comorín. La línea que sirve de base común á los dos triángulos está claramente determinada desde el golfo de Cambay hasta el Ganges por la estrecha y profunda depresión por la que corren el Nerbudda y el Sone, el uno dirigiéndose hacia el Oeste y el otro hacia el Nordeste.

No solamente la doble valla de esos ríos marca el límite entre las dos grandes divisiones naturales de la India; dos cadenas de montañas, los montes Vindhya al Norte de la depresión y los montes Satpura al Sur, bordean y dominan el estrecho foso. Se halla, pues, toda la parte meridional de la península protegida por una triple barrera contra las invasiones exteriores, por lo menos por el lado del continente. Más adelante veremos cómo sus costas marítimas no están menos bien defendidas.

El triángulo septentrional constituye el Indostán propiamente dicho. Este nombre, que significa «tierra de los indos,» deriva evidentemente de la palabra India, que se halla ya empleada en los más antiguos relatos de los griegos. El río Indo ha dado para los occidentales su denominación á toda la comarca misteriosa, y siempre por ellos codiciada, que se extiende más allá de sus márgenes. No está, empero, esta etimología rigurosamente aplicada; puede más bien que sea preciso ver en la India la tierra de Indra y que el nombre del dios haya venido á ser el del país. Como quiera que ello sea, esta denominación se ha extendido á buen número de diversas regiones. La ambiciosa imaginación de los europeos, que les pintaba la India como la tierra de las maravillas y el manantial de todas las riquezas y que los impelió á buscar obstinadamente su camino, les indujo en este punto á errores frecuentes. Cristóbal Colón mismo, ¿no creyó estar en ella cuando anclaron sus barcos en las desconocidas tie-

rras del Nuevo Mundo? Sin contar las Indias Occidentales, en Asia misma, en Oceanía, un considerable número de islas y de costas han sido designadas con el nombre reservado por los griegos en otro tiempo á la cuenca del Indo.

En el curso de este trabajo llamaremos India solamente á la península que limitan los montes de Assam, Himalaya, Karakorum, Indo-Kuch, Suleimán y el mar. Y reservaremos, al interior de ella, la denominación de Indostán á uno de los dos triángulos que la componen, al del Norte; en tanto que designaremos al del Sur, siguiendo un uso secular, con el nombre especial de Dekkán.

2.º — EL INDOSTÁN

Forma en gran parte los límites del Indostán el Himalaya, la más alta cordillera del globo, aquella á que los indos llamaban, contemplando respetuosamente de lejos sus sagradas cimas, el «techo del mundo.» Este enorme macizo forma en su conjunto, con su estribo y sus ramificaciones, como un gigantesco plano inclinado, cuyo borde superior llega y pasa de 6.000 metros de altitud con una altura media de 4.000 metros. De esa formidable barrera surgen gigantes de 8 y 9.000 metros de altura.

Presenta, sobre todo, esta disposición el Himalaya en su parte occidental. Sobre los orígenes de los grandes ríos, Indo, Ganges, Jumna, Satledj, se extiende, se desparrama, se confunde con las altas mesetas del Thibet y pierde completamente ese aspecto de línea serpenteada que toma generalmente en un mapa toda cadena de montañas. A alturas, se entiende esto, que superan las de las más elevadas cimas de Europa, mesetas inmensas que no pertenecen geográficamente ni á la India, ni al Turkestán, ni al Thibet, sobre las que no se desarrolla vegetación alguna, donde se estanca á veces el agua sin encontrar salida ni declive por que deslizarse, donde no es siempre el aire respirable para el intrépido viajero que á llegar allí se aventura. Es el horrible «País de la Muerte,» como lo llaman los indígenas.